

burlesco. Porque aquel espadachín ágil figuró entre los más exaltados preciosos, como puede verse por este ejemplo :

Caballero, no lloréis más; ha vuelto el buen tiempo. El sol se ha reconciliado con los hombres, su calor ha prestado piernas al invierno á pesar de lo aterido que estaba; pero no le ha comunicado movimiento sino para huir; y sin embargo esas largas noches que parecían no dar más que un paso en una hora (tal vez porque á causa de la obscuridad tenían que andar á tientas), se hallan tan lejos de nosotros como la primera que durmió Adán.

Esta caída es muy linda. No lo es menos la imagen del espejo de las aguas que el invierno empaña con su helada :

El viejo celoso, el Invierno, había hecho esto á fin de que los animales no pudiesen ver allí su imagen; había vuelto maliciosamente hacia ellos aquellos espejos líquidos, por la parte del azogue y así estarían aún si la primavera, á su regreso, no los hubiese vuelto del otro lado.

Esta charada quiere decir que las aguas se habían deshelado.

Es sorprendente el ver divertirse en semejantes futilidades aquellos dedos más acostumbrados á apretar la empuñadura de la espada que á trenzar pétalos de florecillas.

Tomó su desquite de gascón con una gasconada famosa; tal fué su novela burlesca, *Historia cómica de los Estados é Imperios de la Luna*, seguida de la *Historia cómica de los Estados é Imperios del Sol*. En estilo firme, breve, vivo y preciso escribió esta obra de física entretenida, en la que se reconoce al amigo del físico Rohaut, y que recuerda las *Aves* de Aristófanes, la novela griega de Antonino Diógenes *Lo que se ve más allá de Tule*, y la *Historia verdadera* de Luciano, ó las excursiones de Pantagruel, y que precede y prepara á Swift, Fontenelle, Voltaire y toda la serie de la *Biblioteca de los Viajes imaginarios* hasta la *Báлада á la Luna* de Alfredo de Musset, y hasta Julio Verne ó Wells. ¿Cómo le ocurrió la idea de esta obra? Él mismo nos lo dice al principio :

Brillaba la luna llena, el cielo estaba raso y acababan de dar las nueve de la noche, cuando, volviendo de Clamart, cerca de París (donde el Sr. de Guigy, hijo, nos había dado un convite á varios de mis amigos y á mí), nos divertimos por el camino en exponer los diversos pensamientos que nos sugirió aquella bola de azafrán. De suerte que, fijando nuestros ojos en aquel gran astro, ya le tomaba uno por un tragaluz del cielo, ya aseguraba otro que era la mesa donde Diana preparaba los cuellos de Apolo, mientras que otro decía que muy bien podía ser el sol mismo que, habiéndose despojado, por la noche, de sus rayos, miraba por un agujero lo que ocurría en el mundo cuando él no estaba.

« Por mi parte, dije yo, pues deseo tomar parte en vuestro entusiasmo, creo, sin entretenerme en esas invenciones agudas con que tratáis de

distraer el tiempo para que pase más pronto, que la luna es un mundo como éste, al que sirve de luna el nuestro. »

Algunos de los compañeros acogieron mis palabras con una gran carajada.

« No de otro modo, les dije, se burlan tal vez en este momento en la luna de alguien que sostiene que este globo es un mundo. »

Trató de explorar el mundo lunar y he aquí en qué forma :

Até al rededor de mi cuerpo gran cantidad de redomas llenas de rocío, sobre las que el sol lanzaba tan violentamente sus rayos que el calor que las atraía, me elevó al fin (del mismo modo lo hubiera hecho con las más gruesas nubes), tan alto que me hallé por encima de la región media.

No dejó de ofrecer dificultades el viaje, pero al fin terminó felizmente á pesar de la caída que dió el viajero aéreo al hacer pie en el astro de la noche. Sin seguirle á través de las peripecias de su excursión, bastará hacer constar el lugar que ocupan en esta ficción la literatura científica y la descriptiva, además del constante empeño de dar interés al relato con la sátira del tiempo y con un fondo de verdad velada.

Hemos visto pues que el género precioso y el burgués luchaban entre sí como Ormuz y Ahrimán. Esta guerra fué fecunda y hace tiempo que hemos tocado los felices resultados de ella. Los dos géneros enemigos han influido el uno sobre el otro y de su choque ha nacido la novela moderna ó de costumbres, la de Balzac, de Flaubert y de todo el siglo xix, cuyo carácter consiste en la exacta observación de la verosimilitud y de la verdad, en la imitación fiel, aunque artística, de la vida y de la realidad, en sus condiciones normales y en sus exigencias lógicas.

La novela francesa, dividida al principio en dos ramas distintas y de contrarias direcciones, ha visto realizarse su unión y soldadura en el punto común de la novela verdadera; este trabajo de fusión empezó á fines del siglo xvii.

La novela metafísica tuvo numerosos enemigos.

Á partir de 1627, el *Pastor* de Sorel se había hecho *Extravagante* con la lectura de novelas, en ese libro en que, según lo anuncia el título, en medio de los caprichos amorosos, aparecen las impertinencias de las novelas y de la poesía; y, para que nadie lo ignorase, Sorel había agregado, como segundo título, la *Antinovela*.

La *Astrea* tenía sus detractores. El Don Quijote gascón (*Juegos de lo desconocido*) coloca este libro entre los que los « hombres de entendi-

miento rechazan como excrementos del espíritu», y Fancán la enterraba en 1626, en su *Tumba de las Novelas*.

Algo peor ocurrió en la segunda mitad de aquel siglo. Boileau se burlaba en 1663 de los héroes de novela, y con sus burlas creía expresar verdades tan sólidas, que decía más tarde haber dado en su *Diálogo* la menos frívola de sus obras.

Por la misma época presentaba Gabriel Guéret las mismas ideas, en forma picante, en el *Parnaso reformado*¹, que tuvo el mayor éxito.

Apolo, ensordecido por las quejas de sus súbditos, reforma su reino. Recomienda á los traductores mayor fidelidad en los textos, condena á los malos autores dramáticos y suprime las epístolas á lo Montorón y á lo d'Aimery. Después de haber pasado revista á los diferentes géneros literarios, llega á la novela. Los héroes de novela, bajo la presidencia de Apolo, acuden á querrellarse de sus autores que los han tratado tan mal. Palexandro se indigna de las visiones de su novelista. Ariadna se halla escandalizada: «No hay en mis páginas sino sitios infames; por lo que se ve, los héroes de novela están tan acostumbrados á frecuentar tales sitios que se los tomaría por soldados de la guardia ó mosqueteros. ¡Hacerme una visita ó ir á donde todo el mundo sabe, es ya la misma cosa! «Scudéry, aunque matamoros y espadachín, se asusta del furor terrible del ilustre Bassa. Pretende huir, pero Bassa le sujeta de un brazo y le va diciendo en detalle todas las necedades que le atribuye, siendo la menor la de hacerle casarse «con una mujer que tiene experiencia y que lleva tres meses viviendo en el serrallo». Y continúa: «¿Cómo salir de ese mal paso? ¡Lo mismo que el de hacer recorrer á mi flota cuatro mil leguas por tierra desde Constantinopla al mar Caspio!» Scudéry escurre el bulto con prudencia por temor á que la maltrate.

El mismo partido adopta La Calprenède. Muéstrase triste y descompuerto al ver adelantarse á Alejandro con gran ruido y gritar con voz de trueno: «¡Bonito papel me hacéis representar en vuestra Casandra!» Aún seguía gritando, cuando he aquí que llegan una gruesa de héroes y heroínas, Orazia, Prazimenes, Cidia, Berenice, Hermozones, Scanderberg, Laodicea, Citerea, Escipión, Tarsis, Rodoguna, Macarisa, Clelia..... Apolo, asustado, al ver su número, los deja para otro día.

Algo más tarde el príncipe Fanferedín, sacaba, de su *Viaje Maravilloso* á la Novelandia, un asco profundo hacia las novelas. Había visto «rocas blandas como el césped ó la lana», faunos que jugaban á las cuatro esquinas; pájaros que tenían el pico en el agua, etc.²

1. Seguramente tuvo presente esta obra nuestro Moratín al escribir su graciosa *Derrota de los pedantes*. (N. del T.)

2. Una cosa análoga ocurrió en España. Después de las admirables novelas de Cervantes, hubo tal diluvio de disparatados engendros, que parecía muerto para siempre el buen gusto. Véase acerca de esto el muy interesante libro del mejicano Sr. Icaza sobre *Las Novelas ejemplares de Cervantes*. (N. del T.)

La guerra á las novelas galantes é hiperbólicas determinó una recrudescencia en la producción de novelas más llenas de observación y menos fantásticas. Pensóse en observar y copiar la realidad, en calcar la verdad y en pintar del natural. Saint-Amant fué á veces un realista de gran acierto.

Claudio Le Petit rimó en décimas cómicas su *París ridículo*, que hoy día nos divierte como un álbum de vistas de aquel tiempo, en el que sería fácil reconocer el Luvre, les Tullerías, la Gran Caballeriza, Los Quince-Veinte, el Palacio Real, el Hotel de Borgoña, San Roque, el Osario de los Inocentes, la Samaritana, etc.

Este poeta es un agradable historiador de los rincones de París y, aunque á veces el ingenio se halla algo traído por los cabellos y la nota cómica carece de espontaneidad, los cuadros son excelentes aguas fuertes copiadas del natural.

Israel Silvestre dibujó esos mismos paisajes de París, que el poeta evoca con tanto arte como el grabador de estampas. Con él atravesamos el Puente de Nuestra Señora, cuyas casas tienen en las fachadas pintados multitud de atributos con una serie de setenta reyes; nos lleva luego á la plaza de Grève, al puente María, á la escala del Temple, á la Bastilla «que hace temblar á todo el mundo», á Montfaucón, al Arsenal, al Mallo, á la Sorbona, y al Luxemburgo. Su poema es un guía entretenido que revela un sentido verdadero de lo pintoresco y de la antigüedad y un buen humor alimentado por la afición al asunto.

Berthod hizo lo mismo en su poema en versos burlescos *la Ciudad de París*, cuadro bastante vivo de las galanterías del Palacio de Justicia, de las raterías del Puente Nuevo, de las verduleras del mercado, de las criadas que sisan, de los ropavejeros, y de los memorialistas de San Inocente. Cada uno de dichos poemas va teniendo mayor extensión que el de Le Petit, mayor animación y mayor interés dramático, constituyendo lo que podría llamarse hoy día un monólogo. Tan pronto se trata de un campesino pleitista que quiere conquistar con mil carantoñas á su procurador haciéndole las más brillantes promesas, como de las cartas amorosas que redactan por diez céntimos los escribientes al aire libre, de las conversaciones de la calle, de las disputas de los cocheros, etc. Es el París de otro tiempo, lleno de vida y de animación, observado con toda verdad.

Teófilo de Viau había intentado, en sus *Fragmentos de una historia cómica* dibujar del natural algunos tipos como el libertino, el italiano, el alemán y el pedante, pero se perdía en disertaciones y en digresiones

filosóficas. También pecaba por demasiada falta de verdad la *Novela satírica* de J. de Lannel en que la forma es alambicada, la invención inverosímil y los personajes llevan nombres estrafalarios como Argentuaro, Ennemidor ó Boittentual (1624). Pero no faltaban escritores que tratasen de observar y pintar. Tristán l'Hermitte en *El Sabio desgraciado donde se ven caracteres vivos de hombres de todos los temperamentos y profesiones*; d'Assoucy en sus *Aventuras*, d'Ouville¹ en sus *Cuentos en las horas perdidas*, Le Noble en sus *Paseos*, Ysarn en *El Luis de Oro* (1695), especie de prototipo del *Diablo Cojuelo*²; C. Le Petit, en la *Hora del Pastor*, *seminovela cómica ó novela semicómica*; de Préfontaine en *Las Aventuras tragicómicas del caballero de la Desvergüenza*; el abate de Pure en *la Preciosa*; Somaize en las *Verdaderas Preciosas*³, hasta la Srta. de Montpensier en la *Princesa de Paflagonia* y otros ciento, lo mismo en el teatro que en la novela, nos hacen penetrar en la vida íntima de aquella época, en la vida de París y de provincias; nos pasean desde la plaza Real hasta las galerías del Palacio de Justicia, del salón á la iglesia, de la calle á las tertulias de las damas: sólo faltaba que de esta observación y de esta pintura saliese una obra vigorosa y durable y á ello tendía todo el movimiento novelesco.

De fantástica, metafísica, desordenada, burlesca, y siempre falsa, la novela se hizo primero histórica, no á la manera de Clelia ó del *Gran Ciro*, sino adquiriendo más verosimilitud histórica. Estudióse el pasado antes de atreverse con el presente. Algunos personajes reales refirieron su vida y se vieron obligados á evitar toda verosimilitud so pena de ser acusados de mala fe ó de mentira. Ciertos novelistas refirieron á su vez las memorias de personajes ficticios, pero esforzándose por dar verosimilitud á su relato apócrifo, lo cual los obligaba á ser más circunspectos con la verdad histórica. Bayle decía:

Es un inconveniente que va aumentando todos los días gracias á la libertad que los escritores se toman de publicar los amores secretos, la historia secreta, etc., de tal ó cual personaje famoso en la historia. Libreros y escritores hacen cuanto pueden por hacer creer que semejantes historias secretas están tomadas de manuscritos auténticos... De aquí nace que se alejen lo más posible del carácter romántico en las modernas novelas.

Los grandes señores y las damas de alto rango, reunidos en un salón ó retirados en sus posesiones de provincias, ocupaban sus ocios en contar y en leer anécdotas, con frecuencia muy galantes y tan secretas que no

1. D'Ouville, que tanto explotó la literatura española en el teatro, conocía seguramente *El Patrañuelo* de Timoneda y otras obras análogas. (N. del T.)

2. Lo contrario sería lo exacto, pues Luis Vélez de Guevara (1570-1643) hacía muchos años que estaba comiendo tierra cuando se publicó *El Luis de Oro*. (N. del T.)

3. Acerca del *preciosismo* en la novela española véase la obra del señor Icaza ya citada. (N. del T.)

se encuentra vestigio alguno de ellas en los documentos históricos; pero llamaban vivamente la atención por su aspecto de verosimilitud y por los nombres conocidos que en ellas sonaban, nombres con frecuencia queridos en la casa en que se pronunciaban. Enriqueta Julia de Castelnau, condesa de Murat (1671-1716), amiga de Mad. de Nemours, que era la propia hija de Mad. de Longueville y que tenía en sus venas sangre de Dunois, le dedicó en 1691, su novela de los *Amores del conde de Dunois*, en que figuran Carlos VIII, Ana de Bretaña, Luis, duque de Orleans, futuro Luis XII, Pedro de Rohán, señor de Gié, Luis II de la Trémouille, etc. Sin duda, hay en estas páginas más bien una pintura de la corte de Luis XIV que de la de Carlos VIII; seguramente La Trémouille es muy galante y el Sr. de Gié no resulta calumniado; además la feroz Mad. de Comminges, la cruel furia que abrasó los ojos á su marido Juan, bastardo de Armagnac, vivió en tiempo de Luis XI y no de Carlos VIII. Pero, á parte de que la novela contiene más de un hecho verídico, como la amistad de Ana de Bretaña á Dunois y la existencia de bufones en la corte de los Valois, el relato es sencillo y los sentimientos verdaderos. Hay delicadeza, por ejemplo, en el diálogo entre la señorita d'Alençon y el mariscal de Gié que, tomando el nombre de Dunois, consiguió una cita en el jardín al anochecer. La princesa echa de ver el engaño, ve que no es Dunois el que le habla de amor y le rechaza duramente; insiste él y ella le dice estas palabras abrumadoras: «¿No os avergonzáis de serviros de semejante ventaja y no teméis que mi desprecio iguale á la indignidad de vuestro procedimiento?» Pero el mariscal goza del mayor favor con el duque de Alençon, que puede darle la mano de su hija á pesar de ésta. Hay la mayor habilidad en el discurso de la princesa que comprende inmediatamente el peligro y que dulcifica el tono por política, procurando conciliar la prudencia con su honor.

Con el mismo tono y la misma delicadeza, inventa y describe Mad. de Murat las intrigas de aquellos altos personajes, y lo mismo hace la señorita de Lussán cuando escribe los Anales de la corte de Felipe Augusto, de Carlos VI ó de Carlos VII.

Los infortunios de *María Estuardo* inspiran, en 1675, algunas páginas llenas de emoción á De Paris, que no inventa nada ni podía inventar en un asunto consagrado, fijado por la tradición y bastante romántico en sí mismo.

En 1682, un magistrado, el Sr. d'Argences, narra en forma muy agradable, los amores de Eduardo III de Inglaterra y de la condesa de Salisbury, á la que se debe la institución de *la Orden de la Jarretera*.

La novela del señor De Larray, *Leonor de Guiena*, en 1691, es pura historia. Su autor, que se hizo célebre por su memoria prodigiosa, á quien su cargo de historiógrafo de los Estados Generales de Holanda facilitaba

los medios de compulsar documentos y que además compuso una *Historia de Inglaterra, de Escocia y de Italia, con un resumen de los acontecimientos más notables ocurridos en los demás países*, figura indiferentemente entre los novelistas históricos ó entre los historiadores.

Vanel escribió, en 1698, las *Intrigas galantes de la corte de Francia desde el principio de la monarquía hasta el reino de Luis XIV*, obra donde se encuentran huellas de profunda erudición, cuyo valor nos es garantizado por el hecho de que Vanel se contentó con redactar las notas tomadas por su amigo Sauval en el curso de sus sabias investigaciones sobre París.

¡Qué de nombres podríamos agregar á este lista! por ejemplo, el del P. Maimbourg con sus novelas históricas, tales como *Marcesina*, la querida del emperador Vatacio, y el de Le Noble, que refiere, en 1698, la *Conjuración de los Pazzi* en forma tan romántica como histórica y que el año anterior había revelado los amores de Isabel de Inglaterra. Él también tomó de los archivos de Westfalia, en *Zulima*, el suceso muy histórico del caso de bigamia del barón de Gleichen.

Cuando la señorita de la Roche-Guilhén nos refiere la historia de *Adelaida, reina de Hungría*, no podríamos decir qué parte tiene en su invención la historia de Hungría, ni si fué Ladislao IV, Ladislao V ó Ladislao VI quien tuvo la suerte de desposarse con Adelaida; pero si echamos de ver que no carece de verdad en la observación. La historia de Isabel de Angulema, dada en matrimonio á Juan sin Tierra, á pesar de su amor al conde de La Marche, que era partido menos ventajoso, libertada, en 1216, de su odioso marido, al cabo de dos años de matrimonio, y unida entonces con su primer amante, es conmovedora, está escrita con sencillez y se halla seguramente mejor inspirada que la de Hierón de Siracusa, de Temir ó de Ariovisto, novela gala en que la galantería y la inverosimilitud brillan en todo su esplendor, gracias á un error de gusto que en aquella época parece se convierte en un anacronismo.

Los novelistas no tardan en pasar del pasado al presente. Fijan su atención en la sociedad de aquel fin de siglo y describen sus costumbres y sus tipos; retrátanse personajes y caracteres, y los novelistas traen á Francia siameses ó persas que viajan, observan, investigan, notan sus impresiones y trazan el cuadro de París para sus compatriotas.

Entonces formaron una legión los novelistas verdaderos, entre otros d'Artigue de la Vaumorière, de Mailly, de Lesconvel, Gaciano de Courtitz de Sandras, cuyas novelas arregló Alejandro Dumas padre sin nom-

brarle, Vignacourt, Boudet de Juilly, Vanel y Le Noble. Hamilton escribió las famosas *Memorias del caballero de Grammont* « en un género agradable y divertido que no es el burlesco de Scarrón », como lo hacía notar Jaucourt y que vale la pena de que nos fijemos un momento en él.

El autor de las *Memorias del caballero de Grammont* ha agrupado, en su relato, retratos deliciosos y llenos de vida, hasta el punto de hacer de estos anales de la corte de Inglaterra, bajo Carlos II, una verdadera resurrección.

Aventura extraña de una época muy francesa de la historia de los ingleses referida por un inglés en francés¹. Nuestros vecinos de allende la Mancha se han resentido algo por ello. Para los ingleses el reinado de Carlos II está fuera de la tradición nacional y el libro de Hamilton no les interesa, con lo cual pierden bastante.

Hamilton escribe en su novela :

— Había en Londres un pintor bastante famoso por sus retratos, llamado Lely. La gran cantidad de pinturas del célebre Van Dyck repartidas en Inglaterra le había ayudado mucho á perfeccionarse. De todos los modernos es seguramente el que ha imitado mejor á dicho pintor y se ha acercado más á él en el gusto de todas sus obras. Quería la duquesa de York poseer los retratos de las más notables bellezas de la corte. Hízolos Lely y empleó en la ejecución todo su arte. No podía trabajar con más hermosos modelos. Cada retrato pareció una obra maestra.

Cuando el Caballero de Grammont llegó á la Corte de Inglaterra, quedó deslumbrado por el esplendor de aquella sociedad brillante y por la belleza de las mujeres. « Por lo que hace á las bellezas, se encontraban donde quiera que se fijaba la vista. » La duquesa de York las hizo pintar por Lely y sus retratos forman la admirable serie de las « Bellezas de Windsor » que se admiran hoy en Hampton Court en las salas á que da sombra la famosa parra gigante.

Era el tal Lely un holandés nacido en Alemania, se llamaba Van des Faes du Lys, y fué á Londres, donde le aplicaron este diminutivo. Sucedió á Van Dyck en la estima de la nobleza.

Jamás se vió corte más amable ni más brillante.

Todo respiraba en la corte diversiones, placeres, y cuanto pueden inspirar en materia de magnificencia y de cortesanía las inclinaciones de un

1. En España, tenemos algo parecido. El célebre literato español Blanco White, emigrado á Inglaterra, después de haber sido canónigo en Sevilla, publicó en inglés varias novelas de asunto español. (N. del T.)

príncipe tierno y galante. Las bellezas querían encantar y los hombres sólo deseaban agradar. Cada uno hacía valer sus habilidades lo mejor que podía. Distinguíanse unos en el baile, otros por su porte y su riqueza, algunos por su ingenio, muchos por sus amores y pocos por la constancia.

Hamilton se hizo rival de Lely, y ejecutó con la pluma lo que el otro con su delicado pincel. Su libro es una galería de hermosos retratos de mujeres, empezando por el de la reina, esposa desgraciada é irreprochable, portuguesa demasiado burda para las delicadezas de Whitehall, que sobrellevó con resignación los desdenes de su voluble y real esposo, procurando acomodarse al tono de la corte :

La nueva reina no agregó ningún brillo á la corte ni con su presencia ni con su acompañamiento. Dicho acompañamiento se componía entonces de la condesa de Panetra, que servía en calidad de azafata, de seis monstruos que se hacían pasar por damas de honor y de una dueña no menos monstruosa, que hacía el papel de aya con aquellas raras beldades. La reina tenía ingenio y se esmeraba por agradar al rey con las complacencias que menos costaban á su cariño. Prestaba atención á los placeres y diversiones, sobre todo cuando tenía que figurar en ellos. Fingió dar á todos la mayor libertad y desembarazo natural en lugar de cohibirlos con las consideraciones y respetos que exigía su presencia, encerrando en el fondo de su corazón las penas que no podía vencer.

Hay en Saint-Martin's Place un retrato suyo por Gascar : representa á Cleopatra en el momento en que va á beberse una perla ; sea que el pintor tratase de favorecerla, sea que las bellezas de la corte de Carlos II hubiesen hecho el gusto del caballero de Grammont harto difícil, lo cierto es que nos parece mucho más agradable y linda de lo que dice Hamilton.

Traza también el retrato de la ambiciosa Madama de Castelmaine y de « aquel gran ídolo », la señorita Stewart, que se las echaba de niña y jugaba á los castillos de naipes, pero que era bastante política para desbancar á su antigua protectora convertida en su rival, Madama de Castelmaine, á la que privó del honor de pasearse por las alamedas de Hyde-Park en la carroza real ; y de lady Middleton, cuyo retrato hecho con gran maestría, se parece mucho al que Lely fijó en el lienzo :

Era una de las más lindas mujeres de la ciudad, poco conocida en la corte, bastante coqueta para no asustar á nadie, bastante magnífica para pretender alternar con las que lo eran más, pero mal avenida con la fortuna para sostener semejantes gastos. Era bien formada, rubia y blanca, y había en sus modales y palabras algo de precioso y afectado. La indolente languidez de que hacía gala no agradaba á todo el mundo. Se dormía uno oyéndole explicar sentimientos de delicadeza que no comprendía y hacía dormirse á su interlocutor pretendiendo brillar por su ingenio. Á fuerza de atormentarse, atormentaba en este punto á los demás y la ambición de que-

rer pasar por mujer de ingenio le valió la reputación de mujer fastidiosa, que duró mucho más que su hermosura.

¡ Qué de lindas mujeres podríamos evocar además ! como Madama de Shrewsbury, cuyas galanterías hacen decir á Hamilton : « Es una bendición » que hace perder la cabeza al duque de Buckingham ; el marido reclamó y fué muerto en duelo ; como la señorita Brook, condesa de Denham á quien envenenó su marido, celoso del duque de York, y como la dulce señorita Bagot, única que alió al parecer la prudencia con la hermosura. Tenía rasgos hermosos y regulares y ese tinte mate que tanto agrada cuando agrada. Gustaba mucho en Inglaterra porque era raro. Se ruborizaba por todo sin tener nada de que ruborizarse. Milord Falmouth fijó en ella sus ojos, y no fué mal acogido ; algún tiempo después el amor la elevó al puesto de dama de honor de la duquesa, rango que hubieran podido envidiar todas las doncellas de Inglaterra.

También traza el retrato de la hermosa y virtuosa Hamilton, hermana del autor, con quien se casó el caballero de Grammont, y á quien retrató Lely bajo la figura de Santa Catalina, en el lindo lienzo de Hampton-Court, mientras su hermano decía de ella :

El caballero de Grammont la vió por vez primera de cerca y echó de ver que hasta aquel momento no había visto nada en la corte. Habló con ella. Mientras bailaba no apartó de ella sus ojos y desde aquel momento dejó de experimentar resentimiento contra la Middleton. Estaba en esa feliz edad en que empiezan á desarrollarse los encantos del bello sexo. Tenía el más hermoso talle, el más hermoso busto y los más hermosos brazos del mundo. Era alta y graciosa hasta en sus menores movimientos. Era el modelo que copiaban todas las mujeres por el buen gusto de sus trajes y de su peinado. Tenía la frente despejada, blanca y tersa y los cabellos bien plantados y dóciles para esos arreglos naturales que tan difícilmente se encuentran. Su tez tenía una frescura que no podrían seguramente imitar los colores prestados. Sus ojos no eran grandes pero vivos, y sus miradas daban á entender todo lo que ella quería. Era su boca muy agradable y el óvalo de su rostro perfecto. No era el menor encanto de aquel rostro tan amable una naricilla algo remangada y delicada.

Por ella suspiró Grammont largo tiempo antes de lograr ser su esposo al final de este libro encantador, culto, delicado y atrevido en que triunfa el arte sutil de representar con decencia lo que de ella carece y en que resplandece con tonos cálidos y suaves la verdad de sus brillantes pinturas.

Hubo también otros muchos que trabajaron para volver á la naturalidad. Challes, ese delicioso y errante bohemio, dió la vuelta á la mitad